

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periodico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

Los Articulos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Instruccion: Estudios Históricos, por don A. Pirala.—La Opinion (poesia), por don R. Campoamor.—El Médico de los Pobres (conclusion), por don G. Nuñez de Arce.—En un Album (poesia), por don Valentin de Aldana.—Variedades: Costumbres Murcianas, por don Antonio Arnao.—Modas: Explicacion del Figurin.—GRABADO: Figurin de Modas.

INSTRUCCION.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

SEGUNDA PARTE.

VIRGINIA.

SV EDUCACION.—APIO CLAUDIO.—JUICIO PUBLICO.—ICILIO.—VIRGINIO.—MUERTE DE VIRGINIA.—REVOLUCION.



A revolucion que ocasionó el sacrificio de la virtuosa Lucrecia, estraviada desde su principio, hizo necesaria poco despues otra mujer, otra víctima de la virtud para alzar al pueblo contra la tiranía. Se habia variado de ins-

tituciones, pero no de tiranos.

Hacia el año de 464 antes de Jesucristo, nació Virginia, esta bella y virtuosa romana, siendo su padre el plebeyo militar Lucio Virginio.

Sin madre desde temprana edad, fué confiada á unas virtuosas mujeres, que la criaron y educaron, derramando en su corazon las semillas de la virtud, que habian de producir estimados frutos, é inculcando en su alma los mas puros sentimientos del honor y la obligacion del deber. Tan sublimes dotes no podian menos de resplandecer en aquella jóven, y contribuir á su enaltecimiento y á su gloria.

Notable á los quince años por sus virtudes como por su rara hermosura, enamoróse de ella uno de los decemvros de la República, Apio Claudio, que tenia su tribunal en la plaza, y veia pasar todos los dias á Virginia, que concurría á la escuela pública.

Aunque apasionado de ella, como él mismo habia promulgado la ley que le prohibia tomar por esposa á una mujer plebeya, procuró seducirla, pero se estrellaron en su virtud y en la de las mujeres que la custodiaban todos sus proyectos.

Mas el crimen se irrita con la resistencia de la virtud, y el criminal se lanza á mayores delitos, por lo que hizo Apio que uno de sus clientes, Marco Claudio, hombre intrigante y villano, la detuviera un dia que iba con su nodriza, reclamándola como esclava, é intentó llevársela por fuerza á su casa. La nodriza imploró entonces el auxilio del pueblo en favor de la hija de Virgilio, prometida esposa del ex-tribuno Icilio. No se mostró el pueblo sordo, y tuvo que ceder Claudio, pero la citó ante el tribunal del decemviro.

Lo que entonces sucedió merece referirse por la luz que da para conocer aquellos tiempos. Claudio, segun cuenta la historia, espuso que Virginia era hija de una de sus esclavas, la cual estrayéndola de su casa, la llevó á la de Virginio, cuya esposa habia finjido darla á luz. Ofreció pruebas, y como no era posible dar sentencia definitiva durante la ausencia de Virginio, que estaba en el ejército, pedia que provisionalmente se mandase á la esclava seguir á su señor. Numistorio, tio de Virginia, espuso, que segun la ley toda persona de cuya condicion se dudaba, debía gozar provisionalmente de libertad, y pidió un término hasta que Virginio pudiese venir á defender á su hija.

Apio contestó que si Virginio estuviese presente, se le entregaría su supuesta hija interinamente: que á su vuelta podría reclamar á Virginia, y entre tanto Claudio debía tenerla en su poder.

Virginia y las mujeres prorumpieron en lágrimas y gemidos al oír tan injusta sentencia: el pueblo se indignó; solo el terror le contenía. Iba ya á ponerse en ejecución la orden del decemviro, cuando Icilio, rompiendo por entre la muchedumbre, acude á defender á su esposa, y aunque un licitor quiere rechazarle, grita:

—Pérfido Apio! no me echarás de aquí con un decreto, no; es menester que emplees el acero, si quieres encubrir con el silencio el secreto de tus designios criminales. He de casarme con esta doncella, y ha de llegar casta y vírgen á mis brazos. Convoca todos los licitores de tus colegas y mándales que desaten sus varas y segures. No estará un momento la esposa de Icilio fuera de la casa de su padre. No porque nos hayas quitado la potestad tribunicia y la apelacion al pueblo, dos baluartes de la libertad, has de tener un dominio injusto sobre nuestras hijas y mujeres. Despedaza nuestras espaldas y cuellos, pero respeta por lo menos la castidad. Si se hace violencia á esta doncella, yo invocaré á favor de mi esposa la fé de los quirites que están presentes: Virginio por su hija la de los soldados, y todos la de los dioses y los hombres, y sin matarnos, no se ejecutará tu sentencia. Te pido, oh Apio, que reflexiones una y otra vez á cuanto te espones.

Este discurso conmovió al pueblo y atemorizó á Apio, quien disimulando su resentimiento, trasladó el juicio al siguiente día, despachando en seguida otros negocios.

Deseando que no llegara Virginio, envió un aviso para que le detuvieran, pero ya habia salido aquel del campamento, anticipándose el amor al odio, y por un camino estraviado llegó á Roma, y calmó la desesperacion del enamorado Icilio, y los temores de Virginia su prometida. Al día siguiente se presentó con su hija en el foro.

La palidez de la jóven, su hermosura realzada con las lágrimas, y el dolor varonil de su padre, que tendia á sus conciudadanos sus membrudos brazos implorando socorro, enternecieron el corazón de todos. Su infortunio advertia á cada familia los peligros que la amenazaban.

Apio sube al tribunal con ademan fiero: las tropas bajan del capitolio y guarnecen la plaza: el pueblo en un profundo silencio parece esperar su condenacion. Empieza el juicio: justifica Virgino la legitimidad de su hija, testificando un gran número de

parientes y amigos; y sin embargo, el juez al ver la conviccion que subyugaba los ánimos, y ciego por la violencia de su pasion, hace callar á los defensores de Virginia, y decreta que pertenece á Claudio.

Los circunstantes prorumpen en exclamaciones levantando las manos al cielo; y Apio, fuera de sí, los amenazó como sediciosos, y ordenó á los licitores que entregasen la esclava á su dueño.

La multitud se retira atemorizada, y la infeliz doncella iba á ser víctima de la infamia, cuando Virginio obtuvo licencia para hablarla por última vez, y con una serenidad, que solo indicaba la desesperacion de su alma, se acercó con Virginio al puesto de su carnicero, y apoderándose de un cuchillo, le clavó en el corazón de la misma, diciendo:

—Este es, mi querida hija, el medio único de conservar el honor y la libertad.

En seguida se dirigió á Apio y exclamó:

—¡Por esta sangre inocente consagro tu cabeza á los dioses infernales!

Virginia espiró en el acto, y su padre con el cuchillo ensangrentado en la mano se abrió paso por entre la multitud: fué al ejército, le sublevó, alzóse tambien el pueblo al grito de venganza y libertad, y mientras las matronas y doncellas romanas hicieron magníficos funerales á la inocente víctima, se abolieron los decemviros, se reinstalaron los cónsules y tribunos: Apio se suicidó en su encierro, y Roma respiró libre. Como dice uno de nuestros mejores historiadores, cimenta la sangre de una doncella la libertad popular, como la de una casta esposa habia cimentado la libertad patricia.

El suceso que acabamos de referir ha servido de argumento á multitud de tragedias, entre las cuales descuellan la de *Alferi*, y la que hace cuatro años se representó en Madrid del señor Tamayo.

A. PIRALA.



LITERATURA.

DOLORA.

LA OPINION.

A mi querida prima JACINTA WHITE DE LLANO, en la muerte de su hija.

Pobre Carolina mia!
Nunca la podré olvidar!—
Ved lo que el mundo decía
Viendo el féretro pasar:

Un clérigo:—«empiece el canto.»
El doctor:—«¡cesó el sufrir!»
El padre:—«¡me ahoga el llanto!»
La madre:—«¡quiero morir!»

Un muchacho:—«¡qué adornada!»
Un joven:—«¡era muy bella!»
Una moza:—«¡desgraciada!»
Una vieja:—«¡feliz ella!»

—«¡Duerme en paz!»—dicen los buenos.
—«¡Adios!»—dicen los demás.
Un filósofo:—«¡Uno menos!»
Un poeta:—«¡Un ángel mas!»

CAMPOAMOR.

EL MÉDICO DE LOS POBRES.

(CONCLUSION.)

La señora de Alvarez, aunque lamentándose de la resolución que su hija había adoptado, pasó por todo; pero antes de consentir en la union que Luisa proyectaba, escribió á sus amigos de Madrid, pidiendo informes acerca de su yerno.

La loca Luisa, creyendo que su deseo se realizaría, obtuvo de su madre que permitiese la entrada en su casa al señor Pozo, antes de que se hubiesen recibido los informes de Madrid.

¡Figuráos cuánta no sería su sorpresa, cuando al llegar estos, la señora de Alvarez la enteró de las malas cualidades de su futuro!

—Estas son odiosas calumnias, exclamó Luisa, á quien la pasión dominaba ya, rompiendo irritada la

carta fatal que su madre la había entregado.—¡Pozo jugador!... perezoso! desordenado! ¡Pozo entregado á todos los vicios!... ¡Ay señora, los amigos de Vd. la han engañado! Sin duda se han propuesto romper una union que puede hacerme dichosa! Pero se equivocan, añadió agitándose con ira, y con el consentimiento de Vd. ó sin él, nos casaremos: lo quiero...

Y salió de la habitación despues de haber pronunciado estas palabras, dejando á su madre aterrada.

Ay! con nada pudo conseguirse que Luisa cambiase de resolución! Pero la señora de Alvarez fué inflexible tambien: segura de que cumplia con un deber sagrado, no quiso que su debilidad causase la desgracia de su hija.

Pozo se aprovechó de las malas disposiciones de esta; la animó en sus proyectos; un innoble agente de negocios se mezcló en este asunto, obligando á la señora de Alvarez á entregar á su hija la herencia que por su padre la correspondia; y por último, la desventurada y culpable jóven huyó del hogar materno para unir su suerte para siempre con la del hombre que debía castigarla pronto y cruelmente por su desobediencia.

La boda se verificó bajo los mas tristes auspicios, porque no solamente la señora de Alvarez se negó á autorizarla con su presencia, sino que no quiso ver mas á su hija; enviola los objetos de su pertenencia, sus libros y sus vestidos, sin dirigirla una palabra de despedida y perdon: y Luisa, á consecuencia de esto, siguió á su esposo á Madrid, con el corazón herido y lleno de tristes presentimientos.

Sin embargo, la novedad de los placeres que por el pronto gozó en la corte, la aturdieron por un momento y la hicieron olvidar sus temores. Pozo había abierto bufete, y sus negocios hubieran caminado bien, si hubiese querido ocuparse seriamente en ellos; pero su mala conducta, que empezó á ser conocida, hizo que todos sus clientes le abandonaran; trabajaba apenas una hora, consagrando el resto del día á sus diversiones y vicios.

Al cabo de un año de este género de vida, Luisa, que comenzaba á conocer que los gastos eran mayores de lo que podía soportar su fortuna, aventuró algunas observaciones sobre este particular á su esposo; pero siempre Pozo encontraba medio de distraerla cuando la conversacion tomaba este giro, proponiéndola alguna nueva fiesta. Con harto sentimiento suyo, Luisa dejaba para el siguiente día la lección de moral que pensaba darle, temiendo el carácter violento y arrebatado de su marido.

Lejos de mejorarse la conducta de éste fué empeorándose de día en día, hasta el punto de que su esposa llegó á inquietarse y á temer por el porvenir. Este temor subió de punto, cuando supo que Pozo giraba contra su banquero letra de cambio sobre le-

tra de cambio, sin pensar nunca en reemplazar las sumas consumidas. Moviéndose por su incertidumbre, cada vez mayor, se decidió por fin á pedir sobre todo esplicaciones á su marido; á lo cual éste, con palabras graves y sentidas, no pareció resistirse. Pero conociendo sin duda que esto era imposible, y temiendo las justas quejas de su mujer, arrojó la máscara hipócrita con que hasta entonces se habia cubierto y abandonó su casa, pasándose semanas enteras sin que Luisa le viese.

Ay! entonces, cuando ya era tarde, comprendió la pobre jóven, cuán sábios habian sido los consejos y advertencias de su madre, y quiso, acusándose de sus faltas, tan duramente castigadas, buscar el medio de obtener su perdon, para poder depositar sus lágrimas en un corazon siempre indulgente como el de Dios. Con este objeto escribió una carta á la señora de Alvarez, enterándola de todos los tristes incidentes que habian seguido á su fatal union. Tranquila en su conciencia, despues de dar este paso, esperaba una contestacion favorable y un generoso perdon; pero ni uno ni otro llegaron. Pozo habia interceptado la carta y la habia roto, como acostumbraba á hacer con otras, que, pasado el primer momento de indignacion, y arrastrada por el siempre poderoso cariño maternal, la señora de Alvarez en distintas ocasiones habia dirigido á su hija.

—¡Mi madre me desprecia y Dios me abandona! decía entonces la pobre Luisa, sumergida en el mas desesperado abatimiento.

Dos años pasaron así, agravándose cada dia mas la posicion de ambos esposos.

Una mañana entró Pozo en el gabinete de su mujer.

—Luisa, la dijo, vas á escribir ahora mismo á tu madre. Necesito 10,000 reales, y mi banquero rehusa dármeles.

—Cómo! exclamó Luisa con voz trémula y entrecortada. ¿Se ha perdido toda nuestra fortuna?

—Sí, hija mia, hasta el último maravedí, respondió Pozo metiendo las manos en los bolsillos de su pantalon y paseándose cínicamente por el cuarto.

Al oír esto, la pobre jóven cayó desplomada en una silla, prorumpiendo en desgarradores sollozos.

—Tus lágrimas no arreglan mis negocios, dijo brusca y brutalmente Pozo sacudiéndola el brazo con violencia.

Luisa dejó escapar un gemido doloroso.

—Vamos! continuó diciendo él:—¿Estos son gestos que empleas para negarme lo que te pido?

—No, Andrés, no pretendo afligirte ni incomodarte, repuso Luisa temblando; pero ¿cómo he de escribir á mi madre pidiéndola dinero, cuando no he hecho caso de mis ruegos, ni de mis lágrimas? Y al expresarse en estos términos pretendia ocultar con una sonrisa forzada la desesperacion que sentia su

alma. Lo haré, añadió en seguida viendo los síntomas de la ira en el rostro de su marido, y acariciándole con la mano como hace una madre para calmar á su hijo: mas prométeme que en lo sucesivo no serás tan derrochador.

Pozo prometió todo lo que su mujer quiso, y Luisa escribió á su madre.

¡Pero no obtuvo respuesta alguna! Presa entonces de una inquietud terrible, pensó si su madre estaria enferma, si habria muerto tal vez sin bendecirla.... y esta idea vino á aumentar las penas de su lacerado corazon.

Luisa, agitada por tantos presentimientos, suplicó á su marido que la permitiese ir al pueblo donde tan felizmente habian corrido los años de su infancia. Pozo consintió, creyendo que así seria mas fácil obtener la cantidad que necesitaba para sus vicios.

La desgraciada Luisa se puso inmediatamente en marcha; pero ay! todo habia cambiado en su pueblo natal, y hasta la fué difícil conocer la casa donde habia pasado sus mas dichosos dias.

Una lluvia fria de invierno caía cuando Luisa llegó á la puerta de su antigua vivienda, sin que lograra resguardarla del agua el viejo y roto pañuelo verde, en que la antes orgullosa Luisa iba envuelta. Llamó, dispuesta á entrar en la quinta donde todavía debian resonar los ecos de sus cantos y de sus pasadas alegrías, y sin poder reprimirse, brotó de sus ojos un raudal copioso de lágrimas.

—¡Qué quiere Vd.! dijo desde adentro un hombre con voz áspera, despues de haber observado la traza miserable y triste de la persona que acababa de llamar. ¡Siga Vd. su camino, y Dios la ampare á Vd.!

¡Habíala tomado por una mendiga!

Luisa se estremeció, y estuvo á punto de caer al suelo; pero se repuso y preguntó con acento entrecortado por los sollozos, si la señora de Alvarez habia abandonado la comarca.

—Ah! contestó el campesino. ¿Vd. pregunta por esa pobre señora á quien tan cruelmente abandonó su hija para casarse con un hombre muy malo? ¡Qué quiere Vd.! Dios ha tenido piedad de ella, y la ha llamado á sí. Hará como año y medio que ha muerto.

Al oír estas terribles palabras, Luisa creyó que el suelo se abría á sus piés para tragarla; lanzó un grito espantoso y huyó corriendo de aquel sitio como una loca.

En seguida, sin informarse de mas, dió la vuelta á Madrid, presa de una fiebre devoradora, que la tuvo cerca de mes y medio al borde del sepulcro.

La juventud y la fuerza de su constitucion la salvaron, sin duda; pero cuando recobró la memoria de sus dolores, se lamentó de que Dios no hubiese puesto fin á su vida, herida por la desgracia y por el remordimiento.

Pozo, descontento del viaje sin resultado que habia hecho su mujer, habia abandonado completamente su casa, teniendo antes el cuidado de vender los muebles y las alhajas que aun quedaban. Solo la alcoba de la enferma fué respetada.

Cuando Luisa recobró sus fuerzas, viéndose sola, comprendió que habia llegado la hora de la desventura, y que iba á encontrarse privada de todo recurso y apoyo en el mundo. ¡Ay! ¿Quién la hubiera dicho en otro tiempo, que ella, tan alegre y tan coqueta, llegaría á ser una pobre mujer abandonada, sin mas consuelo que su resignación?

Por un momento ocurriósele la idea de buscar á su antigua amiga Antonia para pedirle ayuda y protección; pero érale preciso acusar á su marido, y no tuvo fuerzas para ello. Algun tiempo despues, gracias á sus esfuerzos, la encargaron varios trabajos, propios de su sexo, y pudo vivir sin verse atormentada por ninguna privación cruel, sino con desahogo.

El solo objeto de distracción que le quedaba era el piano, el cual se hallaba en su cuarto, cuando Pozo vendió todos los muebles de la casa, razon sin duda por la que se habia librado del comun naufragio. Luisa, que conservaba aun su afición á la música, buscaba en sus momentos de reposo algun consuelo en el piano, tocando los aires que la recordaban sus dias afortunados, y la dicha que tan tristemente habia destruido con su falta.

Una tarde, en que despues de haber trabajado cuanto la permitieron sus fuerzas, se entretenia en ejecutar al piano una de las mas sentimentales composiciones de Rossini, la puerta de su humilde habitación se abrió bruscamente y apareció Pozo.

—Tú aquí, dijo tendiéndole la mano. ¿Qué se te ofrece, amigo mio?

—Quiero vender tu piano, contestó duramente, sin estrechar la mano que le ofrecian.

—¿Qué dices! preguntó con espanto la infeliz Luisa, sin querer dar crédito á lo que habia oido: tú te burlas....

—Yo no me burlo nunca, repuso su marido con acento amenazador. No es justo que Vd. viva en medio del lujo, mientras yo carezco de lo necesario.

—¡Por Dios! exclamó Luisa cayendo de rodillas á los piés de su verdugo. Ya ves que no puedo consentir en separarme del piano: es el último presente de mi pobre madre! Y su voz se ahogó entre sollozos.

Pozo pareció conmovirse por un momento; pero despues dijo con tono mas amable, aunque resuelto:

—Vamos! Es preciso que seas razonable. Este piano te es mas enojoso que útil. Tú no tocas mas que cosas tristes, lo cual aumenta tu melancolía.

—Oh! si no es mas que esto, yo tocaré lo que me digas, repuso la pobre jóven sonriendo y llorando á

la vez, porque alimentaba aun alguna esperanza. ¿Qué pieza te agrada mas? Dílo y te complaceré....

—Eh! déjese Vd. de tonterías! No se trata de eso. Despidase Vd. de su piano, exclamó aquel miserable bruscamente, saliendo de la habitación.

Al cabo de una media hora volvió con un extraño, del cual recibió el precio vil del piano, del último consuelo de la desventurada Luisa!

—Desde este dia, Pozo no volvió á verla; pero Luisa supo que se habia entregado á todos los desórdenes; poco tiempo despues se vió comprometido en un negocio de falsificación, y se ahorcó en la prison para huir de una sentencia infamante y segura.

Estas tristes noticias sumerjieron en la mas profunda desesperación á la pobre mujer que llevaba su nombre. Desde su enfermedad Luisa habia quedado débil y estenuada; los golpes que sucesivamente fué recibiendo agotaron las pocas fuerzas que la quedaban, y cayó en una melancolía que lentamente iba arastrándola á la tumba.

Por otra parte, el trabajo no era un seguro recurso; vióse obligada á vender poco á poco las escasas prendas que conservaba, y tuvo, por último, que mudarse al miserable é infecto tabuco en donde la encontró el doctor Elguera, casi moribunda.

Afortunadamente Dios se compadeció de su sufrimiento.

La buena y cariñosa Antonia, la virtuosa esposa del doctor, recibió con los brazos abiertos á su compañera de infancia, y todos sus sentimientos de ternura hacía Luisa revivieron con nueva fuerza en su alma. Cuidóla con el cariño de una madre, y se juzgó grandemente recompensada por todas sus atenciones, cuando la vió volver dulcemente á la vida.

Mientras tanto Elguera tampoco se habia descuidado. Conociendo al hombre de confianza de la señora de Alvarez, habia ido á verle, y por él supo que la pobre madre, creyéndose completamente abandonada por su hija, habíala, sin embargo, enviado desde el lecho de muerte un generoso perdon; asegurando además toda su fortuna, para que se la entregasen en el caso de que su esposo muriera ó la abandonára. Luisa por lo tanto, se encontraba al abrigo de toda necesidad y miseria.

Cuando supo estas venturosas nuevas, la interesante enferma estrechó contra su corazón la mano de Antonia y la de su bienhechor.

—Dios os colmará de bendiciones por todo cuanto habeis hecho por mí, dijo llorando de alegría. Mi madre me ha bendecido al morir. ¡Este pensamiento me consuela! Ya soy dichosa.

—Y todavía lo será Vd. mas, añadió Elguera; Vd. es jóven, hermosa aun: entrará Vd. en el mundo, y...

—Estas son quimeras é ilusiones nada mas, respondió Luisa; el mundo no es para mí. No quiero

ostentar en él un nombre deshonrado, y además, ¿qué encantos puede tener para mí? La dicha, amigos míos, está entre vosotros, donde desearia terminar mis días. ¿Quereis que sea vuestra hermana?

Luisa dejó de hablar, y la alegría se pintó en el rostro de aquella familia afortunada. La viuda de Pozo consagró su vida á las obras de caridad; acompañó al doctor Elguera en sus visitas á los pobres, y como un ángel de consuelo, llevó á todas partes el bienestar y la esperanza. Ayudaba á Antonia en la educacion de sus hijos, y cuando alguno de ellos no queria seguir los consejos de su madre:

—Ay! le decia. No desobedezcas á quien te ha dado el sér, porque la desobediencia lleva en sí mismo el castigo. Yo lo sé por esperiencia. (*Traducido del francés.*)

G. NUÑEZ DE ARCE.

EN EL ALBUM

DE LA

Sra. Maria de los Reyes L. y R.

Dicen que eres hermosa,
Que brota de tus ojos luz divina
Y que tus labios de carmin y rosa
Blando acaricia el viento
Robar ansiando tu aromoso aliento.

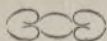
Presagio es de ventura
La gallardía, que en la edad primera
Próspera suerte á la mujer augura...
¡Gran tesoro es, María, la hermosura
Que lleva á la virtud por compañera!

Yo he visto tu traslado
Y admiré su brillante colorido
De este album en las hojas bosquejado,
Aunque la suerte ingrata me ha negado
Contemplar un modelo tan cumplido.

Mas la fama no miente
Que tu belleza singular pregoná,
Y basta su rumor para que intente
Ceñir tu hermosa frente
Con esta humilde y pálida corona.

VALENTIN DE ALDANA.

Madrid 18 de Noviembre de 1857.



VARIEDADES.

COSTUMBRES MURCIANAS.

Escasa de monumentos y grandezas la ciudad que se estiende sobre las márgenes del Segura, tiene en cambio las galas con que una naturaleza pródiga puede revestir las comarcas que favorece con sus dones. Aquel valle siempre florido, aquellas aguas siempre murmuradoras, y sobre todo aquel cielo nunca empañado por la abrumadora niebla de los países húmedos, hacen de la ciudad, siete veces coronada, un oasis custodiado por dos cordilleras de montañas.

Con tales condiciones de belleza natural, Murcia paga con creces los esfuerzos del hombre que en cualquier punto de su suelo quiere dibujar los poéticos accidentes de un jardin. Díganlo sino los muchos que lo esmaltan, debidos á la voluntad de algunos de sus hijos afortunados; y dígalo tambien el que para público recreo hizo brotar como por encanto una enérgica autoridad, apellidándole *Jardin de Floridablanca*. En este reducido, pero bello paseo, se ha demostrado lo fecundo de aquella tierra que así hace florecer pomposas las plantas y los árboles que parecian á ella destinados, como los que solo crecen en apartadas zonas, que en tantos otros pueblos intentó en vano trasplantar la mano del hombre.

Pero ya qué he hablado de los paseos de aquella modesta capital, voy á contraerme á uno de ellos, que por su estraña forma y excelente posicion topográfica, tendrá seguramente pocos semejantes en la península, ¿Quereis verlo bien? Venid conmigo. Yo os remontaré en alas de mi deseo á la *linterna* de aquella torre gigantesca que se levanta sin rival en medio del apiñado caserío. Ya estais aquí: lo veis ahora?

Allá abajo y partiendo de uno de los sitios mas públicos de la ciudad, se prolonga de Levante á Poniente una colosal muralla de tierra que se interna en lo mas pintoresco de la vega, durante una extension de cerca de un cuarto de legua. Este MALECON, de algunas varas de altura y de mayor latitud, camina largo espacio á orillas del rio como guarda de la ciudad que cifra en él su custodia en las avenidas del invierno. Monótono seria si hubiese sido construido en línea recta, como un ejército en orden de batalla; pero los que echaron este dique contra los furiosos de las aguas creyeron oportuno hacerle ondular con las inflexiones de una serpiente titánica estendida en aquella inmensa alfombra de verdura. Y no es esto sueño poético: es poética realidad. Basta sino ver, aparte de las curvas trazadas por esta mu-

ralla, la plataforma en que termina figurando la cabeza de una serpiente.

Pero bajemos á recorrerle, pues seguramente ofrecerá á vuestra mirada muchos halagüeños accidentes que os servirán de expansión y de recreo.

Llegamos por fin.

Védele como se prolonga, dominando la dilatadísima floresta, á orillas del Segura que hoy lame sus cimientos humildemente, y que cuando las nubes coronen las montañas de ocaso vendrá á combatirle con el furor de un mar embravecido. Si miráis hacia adelante, olvidando que á vuestra espalda queda la animada ciudad, vereis á vuestra izquierda las claras ondas reflejar las copudas moreras, los erguidos cañaverales que crecen en la ribera; y allá á lo lejos la azulada sierra, sembrada de blancos eremitorios y sitios de recreo, que lleva por nombre la *Fuensanta*. Si dirijís la vista hacia la derecha encontrareis, entre igual frondosidad, jardines pintorescos, caseríos lejanos, colinas que cierran el valle por su costado del Norte. Y si por último, la dirijís al frente vereis abrirse ante vosotros un prolongado horizonte, esmaltado de pardas *barracas*, coronadas con el signo de la Redencion, de susurrantes álamos y de móviles palmeras, que se destacan sobre la tinta del sol poniente; cerrando en lontananza esta dilatada cuenca las fértiles montañas de *Espuña* y de la *Pila*, que en estío forman las tormentas, y en invierno se cubren á veces con un turbante de nieve.

¿No es verdad que gazais en este sitio? ¿No es verdad que el ambiente sereno, el perfume que llevan las brisas, la luz que dora el espacio derraman en vuestro ánimo un encanto indefinible?

Ya que así es, caminemos tranquilamente á lo largo de este sitio delicioso, y yo os contaré algunas de las escenas que en él se representan; pues aunque poco importantes en la apariencia, no dejan de significar algo á una mirada escrutadora.

Este paseo tiene dos facetas: una cuando reinan los helados cierzos de Diciembre, y otra cuando con los ardores de Julio late el ambiente fatigado.

En aquellos días en que para aventurarse á dejar el fuego amigo de la chimenea es menester precaverse contra el rigor de una estación glacial, los medios arábigos habitantes de la hija del Segura salen en gran parte á esparcir el ánimo cuando el sol llega á su cénit; para lo cual eligen el *MALECON* como punto preferente.

Echad sino una ojeada á lo largo del mismo. Es un día de *fiesta* por supuesto (porque los murcianos son muy domingueros para el paseo.) El cielo está radiante, como un velo de tisú estendido sobre la tierra. El sol luce resplandeciente, hasta calentar en demasía á los que se esponen largo tiempo á la

acción de sus rayos. Solo un helado soplo que viene de entre Norte y Oeste recuerda á los paseantes la estación en que se hallan, haciéndoles agradecer el fuego consolador del galante Febo.

A esta hora hay alguna gente discurriendo tranquilamente por el paseo; pero como es tanta la longitud de éste, solo aparecen á primera vista algunos diseminados grupos. La sociedad que lo frecuenta en esta época del año, y en este período del día, es la de mas forma de la capital. Es el momento en que se sale de la catedral, despues de haber oido la misa de doce; con recogimiento las personas de años, y con sobra de distracción la gente jóven, la cual, sin pensarlo dá otro pávulo á sus miradas, no siempre el que requiere la gravedad de la situación. La gente menestral, que es mas madrugadora que la acomodada, ha cumplido ya con dicha obligacion por la mañana temprano; de modo, que á la hora en que los mas favorecidos por la suerte salen á *tomar el sol*, como suele decirse, está ella haciendo en sus respectivas casas la modesta refacción del medio día.

Por esta razon tiene el paseo en semejantes circunstancias cierto carácter de gravedad y tiesura que sienta mal ante un cielo tan hermoso y una naturaleza tan risueña.

¿Veis aquel grupo? Compónenlo cuatro jóvenes muy elegantes, y un tanto altivas, que apenas conceden su mirada á los transeúntes; dos obesas mamás que se resisten á los estragos de los años, gracias á los remedios de peluqueros y dentistas, y dos ó tres estirados *dandys*, cuyo rostro manifiesta que el estudio no ha consumido sus años.

—Ha visto Vd., Matildita, el vestido de *moire antique* que se ha hecho la Marquesita de C....? pregunta uno de estos, haciendo girar con petulancia al rededor de sus dedos los indispensables lentes en la consabida cinta.

—No, Enrique, no lo he visto; y en verdad que lo deseo para ver que tal se lo han hecho, porque ¡es tan desgraciada para vestir! contesta Matilde haciendo un gesto de compasion.

—Vaya! pues no piensa así ella, replica otra de las jóvenes con un tonillo desdeñoso. Ya sabeis que tiene la pretension de ser la mas elegante de entre nosotras.

—Niñas, interrumpe una de las mamás. ¿Sabeis que anoche supe en la tertulia del conde de T... el casamiento de esa persona de quien estais hablando?

—No; responden todas, poco mas ó menos con igual despego. *Dinos*, mamá, y con quién?

—Con el hijo de D. Juan...

—Señora, se burla Vd? interrumpe con voz campanuda otro de los *liones* acompañantes... ¿Y se atreve á casarse con el hijo de un comerciante, de un cual quiera?

—No vé Vd., salta Matildita con unción, que él es rico y ella no parece estar muy desahogada? Qué le importa á ella *nuestra clase*?

En esto aparece á pocos pasos, acompañada de su papá, que es un antigno militar de la Guardia, la marquesita de C... elegantemente vestida y no escasa de hermosura.

—Enriqueta! exclaman cariñosamente las niñas del grupo. ¡Cuánto nos alegrámos de encontrarte! ¡Qué elegante vienes!

Y aquí comienza un cambio recíproco de ósculos, con la mayor sencillez del mundo, que desmienten cuanto acaba de pasar.

—Esta señorita ha sido siempre elegante como la que mas de París; murmura otro de los caballeros que no ha visto á París ni aun en mapa. Sobre todo, añade dándose golpecitos en la pierna con el baston, la otra noche cuando tuve el gusto de ver á Vd. en el baile de la señora de M... estaba Vd. encantadora.

—Habla Vd. de la noche en que tuvo la poca maña de romperme el vestido bailando? replica cándidamente la favorecida.

(Se concluirá.)

ANTONIO ARNAO.

MODAS.

Esplicacion del Figurin.

FIG. 1.^a TRAJE DE SOCIEDAD.—*Vestido de terciopelo emperatriz (tela de seda semejante al terciopelo cortado.)* Este vestido color de barquillo es de doble falda, terminada la de abajo por un ancho volante, cuyo nacimiento llega á cubrir los adornos de la de encima. Esta lleva todo al rededor siete ú ocho cintitas estrechas del color del traje, salpicadas de aceros, y al aire colocada una blonda blanca, y debajo de ella, lazadas de cinta de color de barquillo tambien, bordadas en las orillas de lunarcitos de acero, terminando este adorno un fleco de pasamanería del mismo color, cuyos nudos ó cruceros llevan otras tantas cuentas del mismo metal.

Cuerpo muy escotado en forma de V y bien entallado con peto muy agudo. La berta la forma un adorno igual al que lleva la segunda falda, escepto las cintas tiradas, que solo se repiten en la manga.

Esta está cortada en punta muy larga y aguda por detrás, y forma en la pegadura cuatro grandes pliegues, dos hácia cada lado, dejando que la parte de debajo se cruce sobre el brazo con la otra parte de la manga cayendo hácia afuera: lleva por adorno el

mismo número de cintas tiradas que la sobrefalda, y un fleco estrecho al canto.

El prendido, que vá colocado muy bajo, lo forman tres rulós de terciopelo, del color del traje, que figuran tres aros, y van sembrados de estrellas de acero. El primero de los tres, avanza bastante sobre la cabeza, el segundo se detiene sobre el peinado, y el tercero parece retener los bullones de blonda blanca, que forman la moña, y cuyas puntas caen sobre la espalda: á uno y otro lado van colocados grupos de marabús.

FIG. 2.^a TRAJE DE PASEO.—*Vestido de seda, á lo Luis XV, de fondo verde con medallones brochados negros.*

Falda lisa muy larga y con mucho vuelo.

Levita de la misma tela, alta y cerrada, con una solapa que cruza sobre el pecho y se abotona al lado izquierdo. El cuerpo es muy entallado, y la falda de esta levita está abierta por delante y por detrás, montando en esta abertura la parte de la izquierda un poco sobre la de la derecha: tiene mucho vuelo, por cuya razon forma tres pliegues por detrás en el talle cubriendo las dos escarapelas de cinta verde y negra, que van colocadas en la cintura, muy juntas, en vez de botones. De entre estas dos escarapelas sube por la espalda un adorno de cinta que forma tres puntas muy abiertas, como se ven en el figurin, en el ángulo de delante de la levita, y cuya punta de enmedio ocupa la mitad de la espalda. Este adorno se repite en los cuatro ángulos de la levita, y ademas lleva ésta todo al rededor una cinta igual tirada.

A cada lado de la falda va un bolsillo con cartera de tres puntas, igual á las que se llevaban en las casacas de aquella época.

De cada una de las escarapelas del talle pende una borla.

Manga de codo, bastante larga, con una gran vuelta, á lo Luis XV, guarnecida de cinta.

Sombrero de terciopelo verde liso: al borde del ala lleva una blonda negra, que cae por encima sobre el pelo, y se levanta por los lados: tambien á la orilla del ala, al lado izquierdo, tiene un lazo de cinta verde, de dos tonos, que adorna el interior y exterior del ala. Sobre ella va, de un lado á otro, un adorno que forma tres ó cuatro pliegues de terciopelo negro, que por el lado izquierdo se esconden debajo del lazo. A este adorno va cosida una blonda ancha negra, que cae hácia atrás, y cubre casi todo el sombrero. Completan éste, un rizado á la cara de blonda blanca; otra del mismo color al canto del bavolet, y una flor de terciopelo al lado derecho.

AURORA PEREZ MIRON.

EDITOR PROPIETARIO.—P. J. de la Peña.

MADRID: 1837.—Imp. de Miguel Campo-Redondo.—Huertas, 42.